

Las tareas interiores y exteriores del poder soviético
León Trotsky
21 de abril de 1918

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 1, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 40-65.
Conferencia pronunciada en Moscú, el 21 de abril de 1918.)

¡Camaradas! La doctrina comunista tiene entre sus más importantes objetivos lograr una situación tal en nuestra vieja y pecadora tierra que las gentes dejen de matarse mutuamente. Uno de los fines fundamentales del comunismo consiste en la instauración de un régimen donde el hombre sea digno, por primera vez, de llamarse así. Ciertamente, nosotros acostumbramos a decir que la palabra “hombre” suena orgullosamente. Y Gorki lo escribe en una de sus obras. Pero, en realidad, basta con mirar a los años transcurridos de guerra sangrienta para sentir el deseo de exclamar; “Hombre, ¡qué ignominiosamente suena!”

Pues bien, crear un régimen y un orden bajo los cuales no haya el actual exterminio recíproco de los pueblos es la tarea elemental y clara que nos plantea nuestra doctrina comunista. Pero como veis, camaradas, el partido comunista que lucha por ese objetivo crea el Ejército Rojo, llama a las masas a organizarse militarmente y a armarse. Y a primera vista parece una gran contradicción: por un lado, estamos por la creación de condiciones bajo las cuales un hombre no le quite a otro su bien más precioso, la vida, y ello constituye una de las tareas fundamentales de nuestro partido, del partido mundial de la clase obrera; por otro lado, nosotros llamamos a los obreros a ingresar en el Ejército Rojo y les decimos: “¡Armaos, uníos, aprended a disparar, aprended concienzudamente para no fallar...!”

Repito: puede parecer que aquí hay algo incoherente. Y en realidad hubo antes socialistas que iban a sus objetivos por otras vías, pusieron en práctica otros procedimientos. En lugar de dirigirse a los oprimidos llamándoles a unirse y armarse, se dirigían a los opresores y explotadores con humildes prédicas y exhortaciones: “Desarmad, cesad de exterminar a vuestros semejantes, cesad de oprimir” ¡ingenuos! Se dirigían a los lobos aconsejándoles guardar en el armario sus colmillos de lobo. Esta prédica de los primeros socialistas y comunistas era extremadamente ingenua, lo mismo que eran equivocadas sus concepciones, y por eso el moderno socialismo científico los ha calificado de *utopistas*. Lo cual no impedía, naturalmente, que las aspiraciones de los utopistas fueran generosas en sumo grado. Sus ideas nos traen a la memoria al gran escritor y gran hombre de nuestro país: León Nikoláevich Tolstoi. También él aspiraba a la instauración de un régimen mejor en la tierra, pero pensaba que podía alcanzarse mediante la regeneración interior de los opresores. ¿Es esto posible? Aquí llegamos a la raíz del problema.

La experiencia de la humanidad, toda su historia, recusa la política del pacifismo utópico y tolstoiano. Los opresores se transmiten hereditariamente, de generación en generación, sus concepciones, sentimientos y aspiraciones opresoras; con la leche materna absorben la aspiración al poder, a la opresión, al dominio, y consideran que el resto de la gente, las masas trabajadoras, han sido creadas solamente para servir de apoyo y fundamento a la dominación de un pequeño grupo del estamento privilegiado que nace, podría decirse, con las espuelas puestas para cabalgar sobre el pueblo trabajador.

Sí, nosotros aspiramos a la edificación de un régimen comunista, en el cual no habrá antagonismos de clase porque no habrá clases, ni hostilidad entre los pueblos

porque los pueblos no vivirán aislados, separados entre sí por las barreras estatales, sino en una tierra común, ocupados en una causa común. Estos objetivos nuestros son semejantes a los de nuestros predecesores, los utopistas. Pero aspirando a parecido régimen, nosotros procedemos de otra manera, es decir, nos diferenciamos de ellos no por los fines sino por los medios. Nosotros no nos dirigimos a los explotadores sino a los trabajadores: “Mientras el régimen comunista no haya sido alcanzado vosotros sois, tenedlo bien presente, la única fuerza capaz de instaurarlo. Y recordad (en Rusia lo sabemos muy bien, por experiencia) que en el camino hacia él las clases dominantes de todo el mundo no recularán ni una pulgada sin combate; que se aferrarán con dientes y uñas, hasta el último suspiro, a su poder y privilegios; que se esforzarán por introducir la confusión, el caos, la discordia, en las filas mismas de la clase obrera; y todo a fin de mantenerse en el poder”.

Convencidos firmemente de que sin lucha sangrienta no pueden cambiarse las relaciones sociales, nosotros hemos dado en Rusia el primer paso hacia el comunismo al derrocar el poder político de las clases burguesas e instaurar el poder político de las clases trabajadoras. Por sí solo esto es ya una gran victoria. Aquí no tiene el poder la burguesía; lo tiene la clase obrera. Y con esta ventaja política, la clase obrera puede luchar por la realización de sus tareas esenciales.

La cuestión del poder tiene, por tanto, una significación primordial. Decir que el poder soviético, como tal, es malo, significa provocar en la clase obrera la desconfianza hacia sí misma. Con el sistema soviético el proletariado puede establecer el poder que le convenga, y la responsabilidad por ese poder descansa en el mismo proletariado. El poder que actualmente existe en Petrogrado, en Moscú y en otras ciudades puede ser modificado por los obreros puesto que ha sido creado por ellos mismos. Los obreros pueden convocar, cuando les parezca, el Congreso Panruso de los Sóviets, reelegir en él el Comité Central Ejecutivo, el Consejo de Comisarios del Pueblo, y pueden reelegir los sóviets locales.

Los sóviets son el poder de la clase obrera y del campesinado pobre, que constituyen el fundamento de ese poder.

Y con todo y eso nos replican: “¿Por qué no establecen ustedes ese poder sobre la base del sufragio universal, directo, igual y secreto, bajo la forma de Asamblea Constituyente? ¿No eran ustedes mismos partidarios de la Asamblea Constituyente?” Cierto, lo fuimos. Nosotros consideramos siempre que la Asamblea Constituyente era mejor, sin comparación, que el régimen zarista, la autocracia, los rapaces estolipinianos, la nobleza. Entre dos males nosotros optábamos por el mal menor para la clase obrera.

Pero veamos qué es la Asamblea Constituyente, qué es el sufragio universal por medio del cual debe ser elegida. Consiste en interrogar a toda la población, pasar lista a todo el mundo y preguntarle qué quiere. Toda la población es convocada, trabajadores-oprimidos y explotadores-opresores, así como los servidores de los explotadores entre la intelectualidad, la cual, en su aplastante mayoría, está en cuerpo y alma con la burguesía y sirve sus objetivos; todos son convocados para expresar, a través del sufragio universal, qué quieren en la esfera política. Si Kerensky hubiese convocado la Asamblea Constituyente, supongamos, en marzo o abril del año pasado, el hecho habría representado un paso adelante. Entonces el zar acababa de ser derribado y la burocracia arrollada, el poder no estaba aún en manos de los obreros sino de Guchkov, Miliukov y compañía; pero incluso entonces, si a través de la Asamblea Constituyente hubiese preguntado a los obreros y campesinos: “¿qué queréis, trabajadoras de Rusia?”, la respuesta de sus representantes en la Asamblea Constituyente habría sido, de todas maneras, diametralmente opuesta a lo que quería la burguesía y sus servidores situados en el poder. La revolución consiste, precisamente en que los de abajo, oprimidos, se levantan contra los de arriba, opresores. Naturalmente, para los Krestovnikov, para

Riabujinsky, la revolución era buena si, liquidado el zar, los viejos ministros eran reemplazados por otros y asunto concluido. Para nosotros la esencia de la revolución reside en que despierta y pone en movimiento a las masas populares acosadas, mistificadas, vejadas, que viven sufriendo día tras día, sin instrucción, sin respiro, como forzados. La revolución despierta a las masas y les enseña que, dada su posición en la sociedad, no son más que el ganado y los esclavos de las otras clases. ¡He ahí lo que es la revolución! Y por eso no se detuvo cuando derribó al zar y envió a paseo sus ministros. De haberse detenido ahí no hubiera sido una revolución sino, con perdón sea dicho, un feto. Revoluciones de ese género son falsos partos históricos. Los verdaderos, los partos históricos robustos de la revolución, tienen lugar cuando la clase obrera, poniéndose en pie, toma en sus manos la totalidad del poder y después lo utiliza para instaurar un nuevo orden, bajo el cual no hay explotación de una clase por otra, bajo el cual todos los medios de producción, la riqueza del país, se encuentran en manos de la clase obrera o bajo su control. Entonces la clase obrera actúa como administrador en una sana economía particular, por ejemplo, la agricultura: sabe cuánta tierra tiene, cuánto ganado de raza, cuál es su inventario, qué franja de tierra debe sembrar en la temporada dada; sabe todo esto, lo registra y lo calcula. Pero aquí se trata de una economía privada determinada. A su lado existen otras explotaciones económicas y entre ellas hay competencia. Esto es el capitalismo.

Nosotros queremos que la clase obrera, como un todo, sea el amo del país, de manera que pueda saber lo que tiene en tierras, riquezas naturales, minerales, carbón; de cuántas máquinas, materias primas, mano de obra, trigo, etc., dispone, a fin de que todo ello pueda ser exactamente contabilizado y pueda ser distribuido planificadamente para trabajar. El proletariado debe trabajar exactamente como un buen amo; él es, al mismo tiempo, amo y obrero. Y este artel, esta cooperativa de producción a escala de todo el país, es la economía comunista.

¡A estos planes los llaman utopía! Nuestros enemigos afirman que esa revolución económica no tendrá lugar jamás. Pero así hablan aquellos a quienes no les conviene, o aquellos que han vendido su alma a la clase dominante.

Para ellos, naturalmente, la economía comunista es “irrealizable”. Nosotros afirmamos que, si los hombres no fuesen aptos para la transformación radical de su sociedad, si no supieran realizar el comunismo, entonces la humanidad entera no valdría un comino: existiría eternamente como un rebaño sumiso, sería peor aún que un rebaño, porque éste no conoce la división en clases, en él no hay dominación de un buey sobre otro buey, de un caballo sobre otro caballo. No, la humanidad es capaz de mejorar su existencia y debe hacerlo. Nosotros hemos pasado a través de la escuela de la lucha de clases, precisamente para suprimir las clases mismas y elevamos a un nivel superior de existencia. Pero contra la división en clases hay que luchar durante largo tiempo, porque no puede suprimirse de un golpe. Si resultara que no somos capaces de afrontar las pruebas a que nos vemos sometidos ahora, cuando hemos tomado el poder; que no resolvemos nuestras tareas, ello significaría que todas nuestras esperanzas, ilusiones y planes, la ciencia y el arte, todo lo que interesa a los hombres, los ideales en cuyo nombre luchan, todo esto, es mentira, y la humanidad no es más que un montón de estiércol. ¡Sobre todo después de cuatro años de una guerra en la que los hombres se han matado los unos a los otros por decenas de miles, por millones, y todo para dejar las cosas en el mismo sitio!

Nosotros mismos les decimos a nuestros enemigos, a los que nos critican: sabemos muy bien que no hemos llegado aún al comunismo, que tenemos un largo camino a recorrer, y duro trabajo a realizar. Hasta ahora sólo hemos llevado a cabo la preparación política. Cuando hay que construir un nuevo edificio en el sitio del siniestrado se

comienza por evacuar los escombros y la porquería. Nosotros hemos quitado el poder a la burguesía para levantar el edificio de la nueva sociedad. Este poder lo tenemos bien en las manos y declaramos a todos nuestros enemigos que la clase obrera no lo soltará jamás, porque lo que está en juego no es el poder mismo sino el futuro de la humanidad, la creación de un mundo nuevo sobre principios nuevos, comunistas.

Ya veis qué trabajo hercúleo, qué transformación radical están contenidos en nuestro concepto de la revolución. Subordinarlos a la Asamblea Constituyente resulta risible. Si se reflexiona en ello no es difícil convencerse.

Y vuelvo sobre esta consideración fundamental: ¿qué es el sufragio universal directo, igual y secreto? Preguntar a cada uno qué quiere: no es otra cosa. ¿Y si probáramos a hacer esa consulta a través de la Asamblea Constituyente? Una parte decidiría ir por aquí, la otra por allá. Pero hay que hacer algo, las necesidades sociales no esperan. Y puesto que es así, esas dos partes hostiles tirarían cada una por su lado, lucharía cada una por lo que le interesa. La Asamblea Constituyente sirve para “pasar lista”. Para el trabajo revolucionario, creador, no sirve. Miliukov, al principio, y luego Kerensky, aplazaron de mes en mes la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Y cuando por fin fue convocada por nosotros, después de la revolución de octubre, en condiciones políticas radicalmente modificadas, resultó ser un freno nefasto. ¿Y qué sería ahora la Asamblea Constituyente si reanimáramos ese cadáver, aunque en el mundo no haya medicamento ni hechicero capaces de ello? Admitamos que es convocada de nuevo. ¿Qué sucedería? En un rincón (a la izquierda) se sentaría la clase obrera, es decir, sus representantes, los cuales dirían: “Nosotros queremos que el poder, por fin, sea el instrumento de dominación de la clase obrera para aniquilar todo yugo, toda explotación”. En otro ángulo se sentarían los representantes de la burguesía, los cuales exigirían que el poder, como antes, estuviera en las manos de la clase burguesa. Al decir esto, sin duda alguna, se expresarían de manera prudente y cortés, sin formular francamente “clase burguesa”, sino con un eufemismo, “clase instruida”, pero en el fondo es lo mismo. Y en el centro figurarían esos políticos que oscilan a la izquierda y a la derecha, los representantes de los mencheviques y de los socialrevolucionarios de derecha, que dirían: “hay que repartirse el poder mitad y mitad”¹. He ahí lo que resultaría de esa innecesaria experiencia. Así ocurrió, en la práctica, el 5 de enero de 1918, el único día de vida de la Asamblea Constituyente.

Y es que el poder, camaradas, no es una hogaza de pan que pueda partirse por la mitad o dividir en cuatro partes. El poder es un instrumento con ayuda del cual determinada clase afirma su poder. O bien este instrumento sirve a la clase obrera, o bien sirve contra la clase obrera. No hay opción. Puesto que hay dos enemigos, la burguesía y el proletariado, y junto a éste el campesinado más pobre; puesto que esos dos enemigos luchan entre sí, no puede haber instrumento común. No puede ser, en efecto, que un mismo fusil, o cañón, sirva al mismo tiempo a uno y otro de los ejércitos combatientes. De la misma manera, el poder estatal puede servir, o bien a la clase obrera contra la burguesía, o, por el contrario, a la burguesía contra la clase obrera. Aquellos que están en medio y hablan de si no se podría, de alguna manera, repartir el poder a partes iguales, no son más que intermediarios, mediadores, y aunque juran tener un secreto gracias al cual es posible hacer de tal manera que el cañón del poder estatal sirva simultáneamente a la clase obrera y a la burguesía, la historia no conoce semejantes milagros. Al contrario, cuando esos secretos fueron desvelados en la política de Tsereteli y Chernov pudimos convencernos de que el cañón disparaba hacia un solo lado: contra la clase obrera. Como es natural no sentimos ningún deseo, ninguna apetencia de volver a aquello.

¹ En esta época los socialrevolucionarios de izquierda apoyaban al poder soviético.

Sí, bajo el zarismo nosotros estuvimos por la Asamblea Constituyente como gran paso adelante. Cuando el pueblo derribó al zar y se dividió en dos campos, los métodos de lucha cambiaron y nosotros dijimos a las masas: “Ahora os toca a vosotros; ahora es necesario que el poder sea tomado por la clase llamada a reconstruir Rusia sobre principios nuevos, socialistas: la clase obrera”. Y al proceder así no engañamos en lo más mínimo, ni a la clase obrera ni a nosotros mismos. Declaramos que en el camino surgirían tremendas dificultades, colosales obstáculos, tropezaríamos con la resistencia furiosa de las clases enemigas, y no sólo de la burguesía rusa (que tomada aisladamente es débil) sino de la burguesía internacional, porque la burguesía rusa no es más que un retoño de las clases burguesas de todos los países. Y pese a la guerra que ahora se hacen entre sí, todas son completamente solidarias en lo fundamental y esencial: la defensa de la propiedad y de todos los privilegios vinculados con ella.

Entre las clases dominantes de Rusia, en el seno de los terratenientes y en el seno de la grande y pequeña burguesía, pudimos ver, no hace tanto tiempo, antes de la revolución y al comienzo de ésta, toda una serie de partidos. Estaban los de derecha; los partidarios descarados de las centurias negras, los nacionalistas, los octubristas, octubristas-agrarios, octubristas de izquierda, progresistas, kadetes, etc.; toda una nube de partidos². ¿De dónde procedían? De diferentes grupos de propietarios. Unos defendían los intereses de los grandes terratenientes, otros los intereses de los agricultores medios y pequeños; los de más allá defendían los intereses del capital bancario y los de más acá los intereses del capital industrial, otros los intereses de la intelligentsia diplomada: profesores, médicos, abogados, ingenieros, etc., etc. En el seno de la misma burguesía, de las clases acomodadas, en general, hay sus grupos, sus divisiones, sus partidos. Pero cuando nuestra revolución puso en pie a la clase obrera, toda la burguesía se unió, todas las barreras entre sus partidos se esfumaron, y quedó sólo el partido kadete abarcando todas las clases poseyentes, todo el campo sagrado de los propietarios, unificándolo en la lucha por la propiedad contra las clases trabajadoras.

Lo mismo ocurre en cierto sentido, camaradas, con la burguesía internacional. Esta burguesía lleva a cabo guerras sangrientas, pero en cuanto se levanta la clase revolucionaria, el proletariado, amenazando los pilares mismos del capitalismo, las clases burguesas de todos los países se hacen concesiones recíprocas para crear conjuntamente un campo único contra el amenazador espectro de la revolución en marcha. Y hasta que la revolución internacional no haya vencido debemos estar preparados para marchar a través de enormes dificultades, a través de una lucha intensa, tanto en el interior de nuestro país como en sus fronteras, porque cuanto más se desarrolle el movimiento revolucionario entre nosotros y en el extranjero, tanto más estrechamente se aglutinará la burguesía de todos los países. Europa también marchará a través de grandes sufrimientos, a través de las llamas de la guerra civil, y la burguesía rusa hará más de un esfuerzo sangriento, apoyándose en la burguesía europea y mundial. Todo esto nos obliga a declarar: “Sí, vamos hacia la paz, pero por la vía de la lucha armada de las masas trabajadoras contra los opresores, contra los explotadores, contra los imperialistas de todos los países. O bien recorreremos hasta el fin único camino posible, o bien perecemos. ¡No tenemos opción, y debemos comprenderlo claramente!”

Naturalmente, quien piense que con la simple conquista del poder lo hemos logrado todo no puede concebir claramente son nuestras tareas y cuál es la vía para realizarlas. La historia no es una madre tierna y condescendiente que protege a la clase obrera; es una madrastra malvada que a través de la experiencia sangrienta enseña a los

² *Centurias negras*: grupos monárquicos organizados por el zarismo para reprimir el movimiento revolucionario. *Octubristas*: partidarios del manifiesto del 17 de octubre de 1905. Octubristas, progresistas y kadetes representaban matices diferentes de los partidos burgueses rusos.

obreros cómo alcanzar sus objetivos. La gente obrera es fácilmente apacible, olvidadiza; en cuanto las condiciones de la lucha se alivian un poco, en cuanto ha logrado algo, le parece que el trabajo fundamental ha sido hecho y se inclina a la magnanimidad, a la pasividad, a la interrupción de la lucha. En esto consiste la desgracia de los trabajadores. Las clases poseyentes, en cambio, no interrumpen nunca la lucha. Están educadas en la resistencia permanente a la presión de las masas obreras, y la pasividad, la indecisión, las vacilaciones nuestras tienen como consecuencia descubrir nuestro punto débil a los golpes de las clases dominantes, de tal manera que mañana o pasado mañana lanzarán contra nosotros, ineluctablemente, un nuevo ataque. Lo que necesita la clase obrera no es la disposición a perdonarlo todo, predicada por Tolstoi, sino un temple firme, intransigencia; la convicción profunda de que sin lucha por cada pequeño paso, por cada pequeño jalón en la vía hacia el mejoramiento de su suerte; sin esta lucha permanente e implacablemente cruel, y sin la organización de esta lucha, no hay salvación ni liberación.

Por eso nosotros llamamos a ingresar en el partido comunista, ante todo, a los obreros penetrados de una clara comprensión de las tareas planteadas por la historia a la clase obrera, después a todos sus simpatizantes fieles y seguros. Aquel en cuyo espíritu haya dudas y vacilaciones mejor es que quede fuera de nuestras filas. Para nosotros tiene mucho más valor contar con un combatiente templado que con diez vacilantes, porque al estallar la lucha diez vacilantes rodean a uno decidido y le retienen; en cambio, si los más decididos se agrupan en un destacamento y se lanzan contra el enemigo en medio del combate, arrastran consigo a los vacilantes. Por eso sólo llamamos a las filas de nuestro partido a los que comprendieron claramente que hemos emprendido una lucha irreconciliable y prolongada contra los opresores de todos los países. Entre nosotros no hay lugar para el conciliador, situado entre unos y otros, que invita a compromiso. La conciliación es una falacia. La burguesía no entregará nunca voluntariamente la dominación y el poder, y si la cosa depende de su buena voluntad el proletariado nunca dejará de ser esclavo.

La tarea fundamental del partido comunista, dirigente de los sóviets (que son los órganos del poder) consiste en conseguir que cada trabajador, cada obrero, se temple sólidamente en el plano espiritual, a fin de que se diga: “Sí, claro está, puede suceder que en la presente lucha me toque morir. Pero, ¿qué significa la vida esclava, inculta bajo la bota de los opresores, comparada a la muerte gloriosa del combatiente que transmite su bandera a las nuevas generaciones, y muere consciente de no morir por los intereses de los opresores, del zar y de los ricos, sino por los intereses de su propia clase?”

Nosotros debemos enseñar a los camaradas a vivir y morir por los intereses de la clase obrera, a serle fieles hasta el último instante. ¡He ahí a lo que os convocamos!

Nuestra revolución surgió directamente de la guerra. La guerra surgió del capitalismo. Desde mucho antes de la guerra nosotros profetizamos que la lucha entre las burguesías de diferentes países por las ganancias y los mercados, acompañada del crecimiento colosal de los armamentos, habría de desembocar en tremenda catástrofe. Ahora la burguesía de Alemania dice que la burguesía inglesa es responsable del desencadenamiento de guerra, y la burguesía inglesa acusa de lo mismo a la alemana. Lo mismo que los clowns se lanzan unos a otros el balón con la frente, las burguesías de los países combatientes se echan unas a otras la responsabilidad de esta guerra sangrienta. Pero al mismo tiempo que profetizábamos la guerra comprendíamos que su inevitabilidad no procedía de la voluntad de uno o dos reyes o ministros, sino de la esencia misma del régimen capitalista. Esta guerra es el examen de todo el régimen capitalista, de todo su sistema económico, político y moral. Por eso, cuando comenzó la guerra, declaramos que provocaría un poderoso movimiento revolucionario entre las masas trabajadoras, y no sólo en Rusia. A mí me tocó residir en varios países durante la guerra. Al principio me vi

obligado a abandonar Austria para no caer prisionero. Después viví en Suiza, que se encuentra, como es sabido, entre Alemania, Austria, Italia y Francia. Más tarde me tocó pasar casi dos años en Francia, desde donde me trasladé a América, en el momento preciso en que los Estados Unidos se disponían a intervenir en la guerra. Y en todas partes observé lo mismo: en una primera fase la guerra aturde a las masas trabajadoras, las engaña, las confunde, pero después las revoluciona, las empuja a la protesta, inicialmente contra la guerra misma, luego contra el régimen que lleva a la guerra. ¿Por qué principio la guerra aviva el espíritu patriótico de las masas trabajadoras? Porque, aunque en el país haya parlamento, partidos socialistas, e incluso comunistas, en torno a ellos hay aún millones de gentes trabajadoras que no participan en la vida social y cultural. Nuestra mayor desgracia es que todavía hay millones de trabajadores que viven como autómatas. Trabajan, comen, duermen, y con todo apenas comen y duermen, trabajando por encima de sus fuerzas y pensando sólo en cómo acabar el mes. Su horizonte queda reducido a eso; en tiempo normal su inteligencia, ideas, conciencia, dormitan, y de vez en cuando la tristeza y la conciencia de su situación sin salida les arrastran a la borrachera. Tal es frecuentemente la existencia trágica y monstruosa del obrero. Tal es el destino trágico y monstruoso de muchos y muchos millones de trabajadores; a ese destino los condena el sistema del capitalismo. ¡Maldigamos este sistema, precisamente porque condena a los trabajadores a esa vida monstruosa!

Pero surge la guerra, el pueblo es movilizado, sale a la calle, se viste el uniforme de soldado. Le dicen: “¡Marchemos contra el enemigo, vencamos, y después todo cambiará!” Y en las masas prende la esperanza. Las gentes dejan el arado, el torno. Bajo el peso de su carga cotidiana, en época de paz, el individuo no pensaba en nada, como el buey uncido al yugo, pero en la nueva situación comienza involuntariamente a comprender: sobre cientos de miles de soldados, todos excitados, resuena la música militar, los periódicos ensalzan las grandes victorias, y al soldado comienza a parecerle que la vida, realmente, será distinta en adelante, y distinta quiere decir mejor... Porque peor no puede ser. Y comienza a convencerse de que la guerra es un fenómeno liberador, que le dará algo nuevo.

De ahí que en el primer periodo de la guerra nosotros pudimos observar en todos los países sin excepción un auge del patriotismo. En ese momento la burguesía se fortalece. Declara: “Todo el pueblo está conmigo”. Los trabajadores de la ciudad y del campo marchan bajo las banderas de la burguesía. Como si se fusionasen en un único torrente nacional. Pero después la guerra agota cada vez más al país, desangra al pueblo, enriquece a un puñado de expoliadores, de especuladores, de contratistas militares; proporciona ascensos a diplomáticos y generales. Y las masas trabajadoras se empobrecen cada vez más. Para los sostenes de la familia (esposas, madres incorporadas al trabajo) cada día es más difícil resolver la gran cuestión: ¿cómo alimentar a los niños? Y esto provoca una revolución espontánea en el intelecto de las masas trabajadoras. Primero la guerra los eleva, infundiéndoles falsas esperanzas, y después, una vez elevados, los echa por tierra, de tal manera que la espina dorsal de la clase obrera cruje y los obreros comienzan a reflexionar: ¿de dónde viene esto? ¿Qué significa?

Sin embargo, la burguesía no es tonta, hay que reconocerlo: desde el comienzo mismo de la guerra previó el peligro, y con ayuda de sus diligentes generales contiene la revolución todo el tiempo que le es posible.

Ya en los primeros tiempos de la presente guerra, cuando parecía que el opio patriótico había envenenado a todo el mundo, tuve la ocasión de hablar en París con políticos burgueses, los cuales decían, bajando la voz, que como resultado de la guerra estallaría una gran revolución pero confiaban dominarla. Los periódicos y revistas burgueses (por ejemplo, la revista inglesa *Economist* de agosto-septiembre u octubre de

1914) preveían que a consecuencia de la guerra se produciría en los países beligerantes un movimiento social revolucionario. Comprendían su inevitabilidad y tenían toda la razón, lo mismo que nosotros cuando decíamos que en Rusia la guerra conduciría ineluctablemente a la revolución, y que si la revolución rusa estaba predestinada a ir hasta el fin llevaría al poder a la clase obrera.

Al opinar así teníamos en cuenta las particularidades del desarrollo de Rusia. En Rusia el capital fue constituido con ayuda del capital financiero de Europa occidental y esta circunstancia creó condiciones especiales al curso de la revolución rusa. Si tomamos Francia, vemos que allí el gran capital industrial se desarrolló poco a poco, en el curso de varios siglos. Durante la Edad Media dominaba la artesanía, existían pequeñas empresas, talleres, gremios; después se desarrollaron gradualmente empresas grandes y medianas, y más tarde la Bolsa francesa promovió tras sí toda una serie de pequeñas y medianas empresas. En Francia, incluso la pequeña burguesía tiene influencia política.

¿Y cómo están las cosas entre nosotros en lo que respecta a la influencia política de la burguesía?

El capital financiero de otros países (Francia, Alemania, Inglaterra, etc.) irrumpió aquí, creando fábricas colosales, de repente, en lugares donde no había nada: en algún rincón de la provincia de Ekaterinoslavsk, en el sur y en el suroeste. Allí, en medio de estepas y caseríos, se encuentran enormes empresas, lo mismo que en Petrogrado, Moscú y otras grandes ciudades. El capital occidental trasladó allí fábricas enteras, implantando de golpe grandes empresas. Entre nosotros la burguesía, la grande y la pequeña, no goza de influencia apreciable, como no sea la burguesía campesina. Pero en el campesinado hay mucho elemento semiproletario, masas muy pobres hambrientas.

La cuestión principal de la revolución se redujo a esto: ¿Con quién irían los pobres? ¿Tras la burguesía, engañados con promesas falaces, o tras la clase obrera? Este era todo el problema. No se trataba de Chernov, ni de Tsereteli, ni de Kerensky; no se trataba de estos intermediarios y conciliadores. La cuestión era si el campesinado pobre marcharía con los obreros, y si el pequeño propietario campesino sería atraído por la clase obrera o por la burguesía. Ahora podemos decir positivamente que esta cuestión ha sido resuelta ya en sus tres cuartos gracias a los sóviets de diputados obreros. Puede decirse que la política, la influencia de la burguesía en el campo se hundió casi por completo; y no hay duda que los pobres de la aldea marchan con la clase obrera, marchan tanto más decididamente cuanto más fuerte, más consciente se hace el proletariado urbano; cuanto más firme y plena es la dominación de la clase obrera. Entre nosotros el proletariado representa una minoría de la población. La mayoría aplastante es el campesinado. Por consiguiente, si las masas campesinas, las capas bajas del campesinado, no apoyasen a la clase obrera, ésta no podría mantenerse en el poder. Pero la clase obtuvo ese apoyo del campesinado porque no lucha sólo ella misma, sino que actúa como defensora directa de las masas campesinas, y combate por los intereses de las amplias capas populares. Si puede y sabe cumplir hasta el fin esta misión histórica que es la suya, la clase obrera se convierte en héroe del pueblo, en el sentido más pleno del término.

En las revoluciones dirigidas por la burguesía, ésta llevó tras sí a las masas campesinas. Así sucedió durante la gran revolución y cuando la revolución del 48 en la Alemania atrasada³ de entonces; así fue enteramente en todas las revoluciones de los siglos XVII y XVIII. Así ocurrió siempre hasta la revolución rusa. En nuestro caso se

³ Revolución del 48 en Alemania. Intento de la burguesía liberal, con ayuda de los obreros y campesinos sublevados, de conquistar posiciones políticas en detrimento de los junkers reaccionarios y de poner fin al fraccionamiento de Alemania. En el parlamento reunido en Fráncfort, la burguesía, asustada por las reivindicaciones radicales del proletariado, transigió con las clases dirigentes, y la reacción pudo restaurar rápidamente el orden anterior.

produjo un cambio sensacional, un gigantesco salto adelante: la clase obrera arrojó de sí, por primera vez, la tutela y el imperio espiritual de la burguesía, se puso resueltamente en pie y, además, privó a la burguesía de la base campesina, arrastrando consigo a las masas del campo. Esta es una conquista imperecedera de la revolución rusa; es el baluarte de la revolución rusa. Y se lo debemos a los sóviets, en tanto que centro de la lucha contra la burguesía y que órgano de la unión de las masas campesinas y obreras. Por eso los sóviets de diputados obreros y campesinos provocan el odio de la burguesía de todos los países.

La revolución de febrero me sorprendió en América. Cuando se recibieron en Nueva York los primeros periódicos de Rusia con noticias de los acontecimientos, la prensa burguesa americana se refirió a nuestra revolución con gran simpatía. Verdad es que en aquel momento había informaciones de que Nicolás II llevaba a cabo conversaciones con Alemania con vistas a la paz. América se preparaba ya a entrar en la guerra, cosa que hizo a las tres semanas. Los periódicos rusos informaban de la abdicación del zar y de la formación del ministerio Miliukov-Guchkov, dispuesto a continuar la guerra.

Lo cual encontraba la simpatía de toda la prensa burguesa. Cuando a continuación llegó la noticia de que en Petersburgo se había formado el sóviet de diputados obreros y soldados, y comenzaba a enfrentarse con Miliukov y Guchkov (¡y se trataba sólo del soviets conciliador de Kerensky y Chernov!) los periódicos modificaron inmediatamente su tono.

Los primeros conflictos y choques entre los sóviets y el gobierno se iniciaron cuando todavía los obreros marchaban tras los conciliadores; bajo la presión de la base el carácter clasista obrero del sóviet se reflejó inevitablemente, incluso en los días de auge de la tendencia conciliadora. Y en concordancia con ello, la prensa burguesa de todos los países viró bruscamente contra la revolución rusa. Muy inquieta, la prensa capitalista advirtió a Miliukov y Guchkov que si los sóviets lograban consolidarse y tomar el poder en sus manos se crearía un grave peligro para Rusia y para el mundo entero. Y como entonces nosotros, en las asambleas obreras, criticábamos duramente a Miliukov y Guchkov, a su política, y pronosticábamos la inevitabilidad de que los sóviets de diputados obreros y soldados tomaran en sus manos el poder, la prensa burguesa dijo que nos dirigíamos a Rusia con el propósito de tomar el poder, estando manejados por manos tenebrosas. La cosa llegó tan lejos que nuestro pequeño grupo de emigrantes, formado de seis personas, fue capturado por un barco de guerra inglés en el Canadá, cuando volvíamos, y nos acusaron de ir a Rusia para derribar el poder de Guchkov y Miliukov e implantar el poder de los sóviets de diputados obreros y campesinos.

Todo esto ocurrió en marzo de 1917, es decir, en el primer mes de la revolución. Ya en ese momento la burguesía inglesa y americana percibía que el poder de los sóviets representaría para ella un inmenso peligro. Y al mismo tiempo, para los obreros americanos se hizo cada vez más claro que la revolución no era una repetición de las anteriores revoluciones, en las que una élite gobernante es reemplazada por otra, pero ambas sentadas sobre las espaldas de la clase obrera; comenzaron a darse cuenta de que era una revolución en la que los de abajo se elevaban arriba para reconstruir todo el edificio social. Esta conciencia se hizo cada vez más clara cuanto más ardientemente simpatizaban con nuestra revolución, cuanto más se inflamaba su entusiasmo. Y si nuestra revolución no tuvo, con la rapidez que habíamos pensado en los primeros días, un eco inmediato bajo forma de movimientos revolucionarios en Alemania, Francia e Inglaterra, la culpa, en gran medida, recae sobre nuestros obreros por haber apoyado la política de conciliación, comprometiendo la revolución rusa, en sus comienzos, ante los ojos de la clase obrera de todos los países.

Muchos jefes de las masas trabajadoras en el extranjero esperaban que la revolución rusa conduciría inmediatamente a la conclusión de la paz general. Y tan grande era entonces esa convicción que si el gobierno de Kerensky y Miliukov, u otro gobierno en su lugar, llegan a dirigirse en aquel momento a todos los pueblos con la propuesta de concluir inmediatamente la paz, el empuje de los pueblos y ejércitos a favor de la paz hubiese sido colosal. Pero en lugar de eso el gobierno provisional, paso a paso, apoyó la política de los anteriores diplomáticos zaristas, e incluso no hizo públicos los tratados secretos; preparó una nueva ofensiva en el frente, que se efectuó el 18 de junio y terminó con una tremenda y sangrienta derrota, seguida de la retirada.

Las masas obreras de todos los países, que esperaban que la revolución rusa se erguiría en toda su grandeza y emprendería algo nuevo, hubieron de decirse que no traía nada nuevo, que seguía como antes: los mismos aliados, la misma guerra, misma ofensiva, en nombre de los mismos objetivos rapaces. La burguesía de todos los países utilizó esto, astuta e inteligentemente, para disminuir y enlodar el prestigio de la revolución rusa.

La prensa burguesa escribía: “¡Ahí tenéis la revolución! Se derriba un gobierno, se sustituye por otro, y el nuevo gobierno declara que no puede haber otra política. ¿Para qué, entonces, derribar el anterior gobierno si el nuevo hace lo mismo? O sea: la revolución es frivolidad, pasatiempo vacío, vacua ilusión. Y la actitud de los obreros hacia la revolución rusa se enfrió.

La ofensiva de Kerensky del 18 de junio fue el golpe más serio asestado a la clase obrera de todos los países y a la revolución rusa. Si ahora tenemos la paz de Brest-Litovsk, la paz más onerosa, ello es consecuencia, por un lado, de la política de los diplomáticos zaristas, y, por otro, de la política de Kerensky y su ofensiva del 18 de junio. De la paz de Brest-Litovsk son culpables los burócratas y diplomáticos zaristas que nos metieron en una guerra monstruosa, dilapidando los bienes nacionales, desplumando al pueblo, manteniendo en el oscurantismo y la esclavitud a las masas trabajadoras. No menor culpa recae, por otro lado, en los conciliadores, en los Kerensky, Tsereteli y Chernov, que se uncieron a la vieja política y la prolongaron hasta la ofensiva del 18 de junio. Los primeros, los diplomáticos zaristas, arruinaron nuestro país materialmente; los segundos, los conciliadores, lo arruinaron aún más, lo arruinaron moralmente.

¡Sí, esta paz es la letra de cambio zarista, la letra de cambio de Kerensky y Cía! Ahí tenéis la cruel traición que echó sobre la clase obrera una gran responsabilidad por los pecados del imperialismo internacional y de sus lacayos. Y después de todo eso los mismos individuos vienen a nosotros y nos dicen: “¡Vosotros firmasteis el tratado de Brest-Litovsk!” Sí, lo firmamos apretando los dientes, conscientes de nuestra debilidad. ¿Acaso tiene algo de vergonzoso ser demasiado débiles para romper la soga que nos han puesto al cuello? Sí, nosotros aceptamos la paz con el imperialismo alemán como el obrero hambriento, apretando los dientes, va al amo kulak y le vende a bajo precio el trabajo suyo y el de su mujer porque no tiene otra posibilidad para vivir. En parecida situación nos encontramos nosotros cuando nos vimos obligados a firmar la paz más indigna y onerosa⁴. Repito, con esta paz nosotros pagamos la actividad criminal del

⁴ *La paz de Brest-Litovsk*. El 26 de octubre, al día siguiente del golpe revolucionario, el II Congreso de los Sóviets adoptó el “decreto sobre la paz” [ver en nuestra serie [La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 \(decretos revolucionarios et alii\)](#) el “Decreto sobre la paz”]. Habiéndose negado a entablar conversaciones con los alemanes, el comandante en jefe de los ejércitos, Dujonin, fue destituido y reemplazado por Krilenko. El 14 de noviembre Krilenko envía los primeros parlamentarios. El 20 de noviembre tuvo lugar el encuentro de nuestra delegación con los alemanes y el 22 fue firmado el cese de las hostilidades. El Consejo de Comisarios del Pueblo se dirigió dos veces a los gobiernos de la Entente con la propuesta de unirse a las conversaciones de Brest. No habiendo recibido respuesta el gobierno soviético continuó solo las negociaciones, que se prolongaron con interrupciones hasta el 3 de marzo, cuando la Rusia soviética se vio obligada, por la fuerza de las bayonetas, a aceptar

imperialismo internacional y de sus servidores, los conciliadores; pagamos por la letra de cambio a cuyo pie están bien claras las firmas: Nicolás II, Miliukov y Kerensky.

¡Pero esto, camaradas, no significa en manera alguna que, si hemos encontrado a los culpables, las causas históricas de nuestra debilidad, podemos quedar tranquilos! ¡De ninguna manera! Sí, somos débiles, y éste es nuestro principal delito histórico, porque en la historia no se puede ser débil. El que es débil se convierte en presa del fuerte. Con prédicas utópicas y grandes frases rojas no hay salvación.

Mirad bajo esta óptica toda Europa. He ahí el pequeño Portugal que no quería combatir, pero Inglaterra le obligó. Un pueblo pequeño, pobre, con dos millones y medio de almas; no quería pelear, pero le obligaron. ¿Qué es Portugal? Un vasallo, el esclavo de Inglaterra. ¿Y Serbia? ¡Alemania la aplastó! Turquía era aliada de Alemania. ¿Y qué es ahora Turquía? Ahora Turquía es también esclava de Alemania. ¡Grecia! ¿Quién la forzó a entrar en la guerra? Los Aliados. Es un país pequeño, débil, que no quería eso. Pero los Aliados la arrastraron a la guerra. Rumania no quería tampoco participar en la guerra, sobre todo las capas populares, y sin embargo los aliados la metieron en la guerra. Todos los países nombrados son ahora esclavos de Alemania o de Inglaterra. ¿Por qué? Porque son débiles, porque son pequeños. ¿Y Bulgaria? Vacilaba, las masas populares no deseaban guerrear, pero Alemania obligó también Bulgaria a guerrear. ¿Y qué es ahora Bulgaria? No tiene ni voz ni voto; lo mismo que otras, es una esclava de Alemania. Austro-Hungría, extenso país, aliada de Alemania y, es un decir, vencedora. Pero, ¿cuál es la situación de Austro-Hungría en la práctica? País mucho más pobre que Alemania, mucho más agotado, ahora se ve privado (por eso mismo) de su autonomía, se arrastra tras Alemania, y ésta da órdenes al gobierno austriaco ¿Por qué? Porque Alemania es fuerte.

condiciones muy duras. ¿Qué razones determinaron a la delegación soviética a dar largas a las conversaciones y después a no firmar la paz antes de iniciarse la ofensiva alemana? En enero había comenzado en Alemania una huelga general; en Austria, desórdenes importantes. La significación propagandística de las negociaciones, calculada con vistas a una rápida revolución en Alemania, permitía esperar una salida de la guerra. El comité central de nuestro partido no era unánime en ese momento de gran responsabilidad para la revolución. Sólo el camarada Lenin insistió desde el principio en la necesidad de concluir la paz con Alemania, bajo condiciones tan penosas para nosotros. El 9 de enero el comité central se pronunció por dar largas a las conversaciones. En el congreso de los sóviets esta posición obtuvo la mayoría. El 10 se interrumpen las conversaciones en Brest. Trotsky se niega a una paz bandidesca pero declara que Rusia no continúa la guerra y desmoviliza su ejército. En la tarde del 17 de febrero, unas antes de iniciarse la ofensiva alemana, el camarada Krilenko se dirige al comité central pidiendo instrucciones sobre qué hacer en caso de ataque. Sólo cinco miembros del comité central (Lenin, Stalin, Sverdlov, Sokólnikov y Smilgá) se pronuncian por una proposición inmediata a Alemania de reanudar las conversaciones para firmar la paz. Los seis restantes se pronuncian en contra. En la noche del 17 al 18 comienza el movimiento general de las tropas alemanas. El 19 de febrero, después de una nueva discusión en el comité central, se comunica por radio el acuerdo de éste para firmar inmediatamente la paz. Los alemanes avanzan sin combate, no sólo en columnas de a pie sino por ferrocarril. No habiendo recibido respuesta del gobierno alemán, el Consejo de Comisarios del Pueblo llama al país a defender la patria socialista. La respuesta alemana, recibida el 22 de febrero, agrava más las condiciones anteriores. El 23 de febrero, el comité central discute la respuesta de Kuhlmann. El camarada Lenin propone la firma inmediata de las condiciones alemanas. El camarada Trotsky le apoya. Bujarin sigue insistiendo en la guerra revolucionaria. La votación da: siete miembros por la aceptación de las propuestas alemanas, cuatro contra y cuatro que se abstienen. El 3 de marzo es firmado el tratado, aprobado después en el VII Congreso del partido y en el IV Congreso extraordinario de los sóviets. Por las condiciones de la paz de Brest-Litovsk, Rusia pierde Ucrania, Curlandia, Estonia y Livonia. Las ciudades de Kars, Batum y Ardakán, así como las islas Arland, quedan en poder de Alemania. Rusia se compromete a desmovilizar el ejército y desarmar la flota en el más breve plazo. La revolución de noviembre 1918 en Alemania anuló el tratado de Brest-Litovsk, justificando plenamente la línea táctica del camarada Lenin.

Los detalles sobre las negociaciones de Brest pueden verse en: Iu. Kámenev: *La lucha por la paz*; actas oficiales de las negociaciones de Brest-Litovsk; Lenin: *Obras*, t. 15; actas taquigráficas del VII Congreso del Partido Comunista Ruso y del IV Congreso extraordinario de los sóviets.

Y quien es fuerte tiene el derecho. En eso consisten la moral, el derecho y la religión de los gobiernos capitalistas.

¿Y quién mangonea en el campo de los llamados Aliados? ¡Inglaterra! ¿Quién se somete permanentemente? ¡Francia! Rusia se sometía a ambas, porque es más pobre que Inglaterra y Francia. Así pues, para nosotros debió estar claro desde el primer momento que cuanto más se prolongara la guerra, cuanto más se agotara Rusia, tanto menos porcentaje de independencia le restaría. Al fin y a la postre tendríamos que encontrarnos inevitablemente bajo la bota de alguien: o la bota germánica, o la inglesa; porque somos débiles, pobres, y estamos agotados. Al parecer era necesario decidir por qué bota optar. El gobierno provisional se planteó la cuestión y la resolvió a favor de los “aliados”. Pero nosotros procedemos de distinta manera que la burguesía. Nosotros dijimos y decimos ahora que no queremos ni la bota inglesa ni la alemana. Nosotros contamos conservar la independencia apoyándonos en la simpatía y el espíritu revolucionario de la clase obrera de todos los países. Pero al mismo tiempo, y precisamente porque confiamos en el desarrollo de revolución en los estados capitalistas y en el campo del imperialismo, nosotros declaramos que necesitamos acumular fuerzas, poner orden en nuestro país, transformar nuestra economía y crear la fuerza armada de la República Socialista Soviética. Ejército Rojo obrero y campesino. La creación de este ejército es la tarea fundamental que nos ha encomendado la historia. la resolveremos, pese a que sólo ahora comenzamos a abordarla.

He dicho que la clase obrera tomó el poder en sus manos y permanecerá en ellas, no lo dará a nadie. ¡Esto es exacto! para la clase obrera el poder es sólo un medio, un instrumento. Si no sabe utilizar este instrumento, ¿para qué le sirve? Si yo cojo, por ejemplo, una herramienta de carpintero y no sé aplicarla a la faena, ¿para qué la quiero? Es necesario que la clase obrera, cogiendo en sus manos el poder estatal, aprenda en la práctica a servirse de él para la organización de la economía sobre nuevas bases y para la autodefensa. Algunos dicen: ¿Para qué hemos tomado el poder si antes no aprendimos a manejarlo? A estos avispados les respondemos: ¿Y cómo aprender el oficio de carpintero sin tener en las manos herramientas de carpintería? Para aprender a dirigir el país hay que coger en las manos la dirección, hay que conquistar el poder estatal. Hasta hoy nadie aprendió a montar a caballo sentado en su habitación. Para aprender este arte hay que ensillar un caballo y sentarse en la silla. Puede ocurrir que se encabrite, y eche a tierra, más de una vez, al jinete inexperto. ¿Y qué? ¡Se levanta, monta de nuevo, marcha y aprende a cabalgar!

¿Acaso no está claro que los que dicen: “no hay que tomar el poder”, son en el fondo defensores de los intereses de la burguesía? Predican: “La clase obrera no debe tomar el poder; pertenece por derecho sagrado, hereditario, a las clases burguesas, instruidas, que tienen capitales, universidades, periódicos; la ciencia y las bibliotecas; a sus manos debe ir también el poder estatal, y los trabajadores, las masas obreras, deben aprender previamente”. Pero, ¿dónde aprender? ¿En la fábrica, en el curso del cotidiano trabajo de forzados? ¡Perdonen ustedes! El trabajo forzado en las fábricas nos ha enseñado precisamente que estamos obligados a tomar el poder en nuestras manos. Esto se nos ha enseñado muy bien. Esto, por sí solo, también es una ciencia muy importante. ¡Es una ciencia inmensa! La clase obrera la aprendió en las fábricas y talleres a lo largo de decenios, durante los cuales conoció el trabajo forzado, el ametrallamiento de fábricas enteras, la matanza de Lena; y no en vano pasó por todo eso porque al fin cogió en sus manos el poder. Ahora aprenderemos a utilizarlo para organizar la economía y el orden, que ahora no tenemos. Crearlos es nuestra tarea principal.

Yo he dicho que necesitamos hacer el inventario de todo el país. Lo haremos a través de los sóviets de diputados obreros y de su órgano central, el Comité Central

Ejecutivo, así como a través del Consejo de Comisarios del Pueblo. Ahora debemos ser exactos y ahorrativos, como buenos contables. Debemos saber exactamente cuáles son nuestros bienes (materias primas, cereales, instrumentos de producción, mano de obra y especialistas) y disponer todo ello como las teclas de un piano, a fin de que cada instrumento económico funcione tan afinadamente como las teclas; a fin de que, en caso de necesidad, en todo momento se pueda (por ejemplo) trasladar determinada cantidad de metalúrgicos de un lugar a otro. Nuestro trabajo debe ser sano, racional, pero intenso. Cada obrero debe trabajar intensamente determinado número de horas por jornada, y el resto del tiempo sentirse ciudadano libre y hombre culto.

La tarea es grandiosa, nada fácil. Hay que estudiar mucho para cumplirla. Sabemos que ahora tenemos muchas fábricas y talleres que no son necesarios. En el país hay paro y hambre porque no todo está en su sitio. Hay fábricas que producen lo que no necesitamos, y, al contrario, otras fábricas producen lo que hace falta, pero no tienen material, el cual se encuentra en otro lugar. En el país existen riquezas colosales que no conocemos porque la guerra desorganizó todo el estado. Tenemos en la república masas de personas sin trabajo, hambrientos y desnudos, al mismo tiempo que en los almacenes de la intendencia descubrimos grandes reservas de paño, de lienzo y de ropas militares. A veces se descubren gigantescas reservas de productos, sobre las cuales no sabíamos nada. En las aldeas, los kulaks concentran en sus manos millones de puds de trigo, como por ejemplo en las provincias de Tula, Kursk y Orlov. Los kulaks no sueltan el trigo, y hasta ahora no les hemos obligado a comprender que con nosotros no se juega en tales asuntos, porque se trata de la vida o la muerte de las masas trabajadoras. Si tuviéramos ya una organización eficiente, ningún kulak se atrevería a esconder el trigo de las masas trabajadoras hambrientas, y la situación del abastecimiento sería mucho mejor.

En los ferrocarriles, como en todas partes, hay mucho desbarajuste, muchos abusos. Los camaradas ferroviarios saben cuántos individuos hay entre el personal ferroviario (fundamentalmente en las alturas, pero también en la base) que trafican con los vagones, realizan contrabando de mercancías y de toda clase de productos. No es raro que vagones enteros se evaporen. ¿De dónde viene este desorden? Es una herencia del pasado. No estamos aún educados como hace falta y, por otra parte, la guerra nos desarticuló en todos los aspectos. Todas las nociones se embrollaron. Observando lo que pasa el obrero se dice: “Si todo va tan mal en el país, ¿para qué esforzarme especialmente? Trabaje más o menos, mejor o peor, las cosas no van a mejorar.” Camaradas, la grave situación del país nos dicta la necesidad de conseguir un viraje en el estado de ánimo y en la conciencia del obrero y del campesino. Deben ver claramente que ahora no se trata de defender los intereses de los trabajadores frente a la burguesía. Puesto que tenemos el poder en nuestras manos, la tarea consiste en organizar nosotros mismos la economía en interés de todo el pueblo. Claro está, hay que poner orden laboral en las fábricas, en los talleres, en todas partes. Pero, ¿qué significa orden laboral? El orden laboral, la disciplina revolucionaria, es un orden bajo el cual cada uno comprenda que para que la clase obrera se mantenga en el poder y reconstruya toda la economía, para que no vayamos hacia abajo sino hacia arriba, para que el país supere la ruina, es necesario el trabajo honesto de cada cual en su puesto.

En el estado debe suceder como en una familia privada: si la familia está unida cada miembro trabaja por el bienestar de todos. Y nuestra familia no es pequeña: en ella se trata del bienestar de millones de almas. Y nuestra conciencia debe inculcarnos que la Rusia soviética, nuestra república obrera campesina, es una gran familia fraternal trabajadora. Si uno de sus miembros, aunque sólo sea uno, holgazanea, malgasta inútilmente las materias primas, se comporta negligentemente en el trabajo, con los instrumentos, estropea máquinas por inatención o mala voluntad, causa un perjuicio a

toda la clase obrera, a toda la Rusia soviética en su conjunto, y, en definitiva, a la clase obrera mundial. Lo afirmo una vez más: crear ahora una disciplina de trabajo, un orden firme, es una cuestión de primerísima necesidad. Si sabemos establecer semejante orden, bajo el cual los obreros trabajen determinada cantidad de horas en las fábricas y el resto del tiempo lleven una vida culta; si cada uno en su puesto cumple honestamente con su deber, entonces nos aproximaremos perceptiblemente al régimen comunista. He ahí por qué es necesario implantar en la práctica una disciplina de trabajo firme, severa, férrea.

Esta disciplina, camaradas, no es la que existía bajo la burguesía y el zar. Algunos de los antiguos generales que incorporamos al trabajo, bajo nuestro control, en el Ejército Rojo, nos dicen: “¿Acaso puede haber bajo vuestro régimen disciplina? A nuestro parecer no puede haberla.” Nosotros les respondemos: ¿Y bajo vuestro régimen, había disciplina? ¡La había! Y, ¿por qué la había? Arriba estaban el zar, los nobles, y abajo el soldado. A este soldado lo sujetabais a la disciplina. ¡No tiene nada de sorprendente! El soldado era esclavo, trabajaba para vosotros, servía contra sí mismo, disparaba contra su padre y su madre en nombre de vuestros intereses, y vosotros supisteis instaurar la disciplina y manteneros sobre ella largo tiempo en las condiciones creadas por la expoliación de las grandes masas. Nosotros queremos que el soldado se bata por sus intereses, que los obreros trabajen para ellos mismos, y sólo en nombre de esto queremos practicar la disciplina laboral. Dada esta diferencia radical del régimen social soviético respecto a la monarquía de la nobleza, yo estoy profundamente convencido de que crearemos el orden necesario mediante los esfuerzos conjuntos, por mucho que graznen los cuervos. Pero fuera de ese orden (sabedlo y recordadlo bien) la bancarrota y el hundimiento son inevitables.

Actualmente nosotros estamos creando el Ejército Rojo obrero y campesino. El Comité Central Ejecutivo de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Cosacos, ha adoptado ya la ley sobre la instrucción militar obligatoria, con arreglo a la cual, durante seis u ocho semanas al año, dos horas al día, cada ciudadano tiene la obligación de instruirse militarmente bajo la dirección de instructores expertos. En relación con esto, camaradas, nos encontramos ante la siguiente cuestión: ¿Introducir también la instrucción militar obligatoria para las mujeres? La hemos resuelto así: concedemos a las mujeres el derecho de instruirse militarmente según sea su deseo. Queremos, en este aspecto, ver la experiencia. Por eso en el proyecto de decreto se dice que las mujeres pueden instruirse militarmente, si así lo quieren, en las mismas condiciones que los hombres⁵. Pero una vez puesta al mismo nivel que el hombre, toda mujer deberá coger las armas en caso de peligro para la república, lo mismo que los hombres, cuando sea llamada por el poder soviético.

Paralelamente creamos los cuadros del Ejército Rojo. No muy numerosos, estos cuadros son, podríamos decir, el esqueleto de ejército. Pero el ejército ahora no son los miles, o decenas de miles, que se encuentran bajo las armas sujetos a disciplina y aprendizaje. El ejército es todo el pueblo trabajador, es la enorme reserva de obreros que se instruyen en las fábricas y de campesinos que se instruyen en las aldeas. Y cuando se cierna sobre nosotros un nuevo peligro de contrarrevolución o de ataque imperialista, el esqueleto formado por los cuadros debe cubrirse inmediatamente con carne y sangre de las masas, de las reservas obreras y campesinas instruidas en el arte militar. Por eso creamos el Ejército Rojo, y al mismo tiempo introducimos la instrucción militar para todos los obreros y todos los campesinos que no exploten trabajo ajeno. De momento introducimos esa limitación⁶. No queremos armar a la burguesía. No vamos a dar ahora fusiles a la burguesía, a los explotadores que no abdicen de su derecho a la propiedad

⁵ Ver el punto 1 del “[Decreto sobre la instrucción obligatoria](#)”, en nuestra serie [La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 \(decretos revolucionarios et alii\)](#).EIS.

⁶ Verlo en la introducción del mismo decreto citado arriba. EIS.

privada. Declaramos: En el país donde domina la clase obrera, la obligación de cada ciudadano, sin excepción, es defender el país honradamente, en cuanto amenace un peligro. Nuestra burguesía todavía no ha renunciado a pretender el poder. Se apresura, persiste en la lucha, envía agentes, mencheviques y s-r de derecha, a hacer agitación a la Asamblea Constituyente. Por ahora, mientras esta burguesía no abdique de sus pretensiones al poder y a la dominación, mientras no perciba que hemos expulsado definitivamente incluso el espíritu burgués, nosotros no pondremos armas en sus manos. No obstante, si hace falta, la burguesía irá a cavar trincheras o a cumplir cualquier otro trabajo de retaguardia.

No debemos repetir los errores de las pasadas revoluciones. Ya he dicho que la clase obrera es demasiado bondadosa y olvida fácilmente las violencias del poder de esa nobleza que durante siglos esclavizó a los siervos, saqueó, mató, violó. La clase obrera es propensa a la magnanimidad, a la blandura. Nosotros le decimos: “¡No! Hasta que el enemigo no sea definitivamente destruido, en nuestras manos debe haber manoplas erizadas.”

Para instruir al Ejército Rojo nosotros incorporamos al trabajo a los ex generales. No hace falta decir que seleccionamos entre ellos a los más honestos. Hay por ahí quien dice: “¿Qué es eso de utilizar generales; acaso no es un peligro? Naturalmente, todo en el mundo tiene su lado peligroso. Pero nosotros necesitamos instructores que conozcan el arte militar. Cierto, nosotros decimos abiertamente a los señores generales: “El nuevo amo del país es la clase obrera. Necesita instructores para enseñar el arte militar a los obreros con vistas a la lucha contra la burguesía”.

En los primeros tiempos muchos generales huyeron, se escondieron como las cucarachas por las rendijas, esperando que, tal vez, el poder soviético caería al cabo de unas semanas y ellos, generales, volverían a su anterior situación en el generalato. Y con esa esperanza los generales se arrastraron tras la burguesía, la cual también pensaba que la clase obrera mantendría en manos unas semanitas el juguete del poder y, hecha la travesura, lo dejaría. Pero resultó que la clase obrera conserva el poder firmemente y no se dispone a soltarlo. Y ahora los sabotadores de la víspera (generales, ingenieros, estadísticos, agrónomos, etc.) van deslizándose poco a poco de las rendijas, como las cucarachas, y murmuran, tanteando el terreno: “¿No podrá uno arreglarse con el nuevo amo?” Sí, naturalmente. El poder soviético no rechaza los servicios de los especialistas de la ciencia y la técnica. El poder soviético dice: “No faltaba más, ingenieros, acudan a las fábricas, enseñen a los obreros a dirigir las. Los obreros no saben bien cómo hacerlo. Ayúdenles. Pónganse a sueldo y al servicio de ellos, de los obreros. Hasta hoy han estado ustedes al servicio de la burguesía; pónganse al servicio de la clase obrera”. A los generales, el poder soviético les dice: “Ustedes han estudiado el arte militar y lo han estudiado bien, puesto que siguieron los cursos de la academia militar. Se trata de una ciencia compleja, de un trabajo difícil, sobre todo si hay que enfrentarse con los alemanes, poseedores de magníficas máquinas de exterminio que funcionan a la perfección. Ahora nosotros necesitamos prepararnos en el aspecto militar y para ello hay que estudiar. Pero para estudiar hacen falta especialistas. Si lo desean, señores especialistas, antiguos generales y oficiales, les ofrecemos el puesto correspondiente”. Pero en cuanto la cosa llega a ese punto algunos camaradas comienzan a dudar: si ponemos en servicio los generales ¿no comenzarán a propagar la contrarrevolución? -No sé, tal vez alguno que otro lo piense, e incluso haya quien lo intente, pero como dice el refrán: “Quien tema a los lobos no vaya al monte.”

Desde el momento que queremos organizar un ejército debemos utilizar especialistas. Intentemos poner en servicio a los antiguos generales. Si sirven honradamente pueden contar con nuestro apoyo total. Muchos de estos generales (con

muchos he hablado ya) han comprendido que en el país hay otro espíritu, y que todos los que ahora quieran defender a Rusia, preservarla, poner orden en ella, deben servir honradamente a los trabajadores. Yo he conocido a muchas personas en el curso de mi vida y creo que puedo distinguir al que habla sinceramente de los otros, los sinvergüenzas. Algunos de los generales declararon con total sinceridad comprender que las masas trabajadoras debían crear una fuerza armada, y que ellos honradamente, no por temor sino por conciencia, quieren contribuir a esa obra. ¡Pero para aquellos que piensen utilizar el armamento obrero campesino para fines contrarrevolucionarios contamos con medidas especiales! Saben muy bien que tenemos ojos en todas partes, y si intentan utilizar la organización de Ejército Rojo obrero y campesino para servir a la burguesía mostraremos nuestro puño de hierro, el de los días de octubre. Pueden estar seguros que seremos doblemente implacables con aquellos que intenten utilizar nuestra organización contra nosotros. Así pues, camaradas, por este lado no tengo grandes temores. Creo que pisamos terreno firme, que el poder soviético es suficientemente sólido, y que nuestros generales no pueden destruirlo mediante complots y traiciones, como no pudieron destruirlo los Kaledin, los Kornílov y los Dutov. ¡No es ahí donde está el peligro! Está en nosotros mismos, en el estado de ruina del país. El peligro está también fuera, en el imperialismo mundial.

Para la lucha contra la ruina interna debemos implantar la más severa disciplina, organizar un orden laboral firme. Cada parte sometida al todo. Y contra las intenciones contrarrevolucionarias internas nosotros ponemos en pie el Ejército Rojo organizado e instruido. Contra el militarismo y el imperialismo de otros países tenemos, además del Ejército Rojo, un aliado seguro: la clase obrera europea, y en particular la clase obrera alemana. A este propósito es frecuente oír: lenta va la tortuga y algún día llegará. Esta es la principal objeción que se nos hizo bajo Miliukov y bajo Kerensky; y sigue haciéndose ahora. A esto podemos replicar: sí, la revolución europea se desarrolla lentamente, mucho más lentamente de lo que quisiéramos; pero, ¿cuándo surgió nuestra revolución rusa? Trescientos años estuvieron en el poder los Romanov, trescientos años cabalgaron sobre el pueblo. La autocracia rusa actuó de gendarme de los otros pueblos, estranguló la revolución en su casa y sofocó cualquier movimiento revolucionario en Europa. En todas partes los explotadores veían en el zarismo ruso un baluarte seguro. El nombre mismo de Rusia era odiado por los obreros de occidente. Más de una vez, en Alemania y Austria, en otros países, tuve que explicar a los obreros que hay dos Rusias: una, la Rusia de los de arriba (burocracia, zarismo, nobleza); otra, la de los de abajo, que se pone en pie poco a poco; la Rusia obrera revolucionaria por la que sacrificamos todo. Pero mis palabras eran acogidas con escepticismo: “¿Dónde está [me preguntaban] esa segunda Rusia, la revolucionaria? En 1905 apareció y desapareció.”⁷ Con esto especulaban siempre los pseudosocialistas, los conciliadores, tanto alemanes como franceses. Decían que lo único sólido en Rusia es la autocracia y la burguesía, que la clase obrera es débil, y que no es posible poner esperanzas en la revolución rusa, etc., etc. Así hablaban y ofendían a los obreros rusos, los mismos conciliadores que engañaban a su propia clase obrera. Pero nuestro proletariado ruso, que ha sufrido el yugo y las vejaciones de una esclavitud secular, ahora demuestra que puede erguirse en toda su talla y se dirige a los trabajadores

⁷ *Año 1905*: prólogo de la revolución de 1917. La revolución había llegado a su más alto nivel en los últimos tres meses de 1905: huelga de octubre en Petrogrado, transformada en huelga general, actividad de la Unión de Uniones, concesiones de la autocracia y manifiesto del 17 de octubre, y, finalmente, insurrección armada de diciembre en Moscú y su represión sangrienta. El atraso del campo, las vacilaciones en el ejército, la debilidad organizativa de las masas obreras, fueron las causas de la derrota del proletariado. Pero “la revolución no desapareció” con esa derrota. Las lecciones de 1905 fueron utilizadas plenamente por el partido comunista en 1917. (Véase Trotsky: *1905 [1905 y Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución*, en nuestra serie OELT-EIS].)

de todo el mundo llamándoles a seguir su ejemplo. Si hasta nuestra revolución (la de febrero, y sobre todo la de octubre) nos tocaba bajar la mirada, ahora tenemos derecho a enorgullecernos de ser ciudadanos rusos. Hemos sido los primeros en levantar la bandera de la insurrección, y los primeros en conquistar el poder para la clase obrera. ¡Esto constituye un legítimo orgullo para la clase obrera y para nosotros!

Pero este orgullo no debe convertirse en presunción. Aunque los obreros de otros países van por el mismo camino que nosotros, el suyo es más difícil. La organización de esos países es poderosa y el movimiento crece lentamente. Tienen un ejército enorme pero también más trenes, y además el enemigo de los obreros es más fuerte en esos países que en el nuestro. En Rusia el zarismo estaba desvencijado, minado, podrido de arriba abajo, y nosotros no hicimos más que darle el golpe final. En Alemania, Francia e Inglaterra la máquina estatal es mucho más fuerte. Allí, los creadores de esa máquina son gentes mucho más capaces e instruidas, y la clase obrera, para destruir la dominación burguesa, necesita preparar sus fuerzas mucho más. Nosotros, claro está, podemos quejarnos. Para nuestra legítima impaciencia el movimiento revolucionario en occidente se desarrolla demasiado lentamente. Todos quisiéramos que la revolución se produjera allí más rápidamente; maldecimos la lentitud de la historia, que aunque día tras día acumula la indignación de las masas trabajadoras contra el hambre y el agotamiento lo hace demasiado lentamente. Pero un buen día reventarán la indignación acumulada, las maldiciones contra la burguesía y contra todas las clases poseyentes. Mientras ese momento llega, mientras madura en los corazones obreros esa protesta, hay que esperar pacientemente. La clase obrera de occidente tiene más experiencia que nosotros, es más instruida que el proletariado ruso, y cuando le llegue la hora del combate final con los opresores cogerá con firmeza en sus manos una escoba de hierro y barrerá enteramente de sus estados toda la canalla burguesa y aristocrática.

Esta fe es nuestra máxima esperanza. Rusia está destinada todavía a vivir una gran época. Y si resultara que están en lo cierto los halcones de la burguesía y de los conciliadores, que no habrá nunca revolución europea, o que se producirá al cabo de siglos o de decenios, ello significaría la muerte de Rusia como país proletario independiente. Porque, camaradas, en cualquier época histórica los débiles y pobres se convierten inevitablemente en víctimas de los más fuertes, de los imperialistas y militaristas armados hasta los dientes. Es la ley del orden mundial capitalista y nada se puede contra ella. Si ponéis en el poder a Miliukov o Guchkov no harán a nuestro país más rico; lo agotarán más. Por el contrario, el solo hecho de que la clase obrera haya tomado el poder en Rusia es un poderoso estímulo a la insurrección para los trabajadores de otros países. Cada obrero en Francia y en Alemania dice: “Si en Rusia, país atrasado, ha sido posible que la clase obrera tome el poder en sus manos y se proponga reorganizar el país, organizar la economía sobre nuevas bases, crear un ejército, quiere decirse que a nosotros, clase obrera de Alemania y Francia, la historia nos ordena llevar a cabo la revolución socialista.” Por eso, consolidando el poder de los obreros y campesinos aquí, en nuestra casa, no sólo luchamos por nosotros y por los intereses de Rusia; luchamos también como destacamento avanzado de la clase obrera mundial; realizamos nuestras tareas y las suyas.

Los obreros de todos los países miran hacia nosotros con esperanza y con temor: ¿no fracasaremos, no deshonraremos la bandera roja de la clase obrera? Si nos hundiera la contrarrevolución y nuestro propio desbarajuste, ello significaría el hundimiento de las esperanzas de las masas obreras de otros países, y la burguesía les diría: “Ved, la clase obrera rusa se levantó en una ocasión pero cayó de nuevo, y ahora yace por tierra, crucificada y aplastada.” Semejante desenlace de nuestra revolución le quitaría al proletariado mundial la fe en sus fuerzas y fortalecería moralmente a la burguesía. Por

eso debemos defender nuestras posiciones, luchar con doble y triple energía, con heroísmo decuplicado. Hay que tener presente que nosotros, ahora, no somos sólo los administradores de nuestro destino, que en nuestras manos reposan los sueños de toda la humanidad sobre la liberación del mundo. Contra nosotros está la burguesía de todos los países, pero con nosotros está la clase obrera de todos los países y sus esperanzas. ¡Reforcémonos más aún, camaradas, luchemos hombro con hombro hasta el fin, hasta la victoria total, por el poder de la clase obrera!

¡Y cuando los obreros de Europa nos llamen, iremos en su ayuda, todos como un solo hombre, con el fusil en las manos, y con la bandera roja! ¡Iremos a su encuentro en nombre de la fraternidad de los pueblos, en nombre del socialismo!

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es